**SURFEAR LA ARQUITECTURA**

**Por Mariela Marino**

CAPÍTULO 1

EL COMIENZO (2010)

Voy a hacerte una invitación a ciertos lugares. Y vos vas a invitarme a otros. Yo ya estoy escribiendo un libro que aún no empezó, que no tiene nombre, ni editorial, ni diseño de tapa, ni financiación, ni nada de esas cosas accesorias. Sin embargo tiene lo más importante que todo libro debe tener: una razón de ser. Porque tengo la certeza de que esta es una gran historia para contar, porque desde su singularidad se convierte en universal y perdurable. Tiempo y espacio todo para la obra que escriba, tan todopoderosamente como mi humanidad me permita hacerlo, entre estos cuatro vidrios empañados. Empecemos por donde vos quieras. Vamos al Refugio de Miramar un fin de semana de febrero, quiero decirte Ulises, pero asegurémonos de que haya gente, mucha, tanta como la habitual, la que solía haber en cualquier fin de semana de cualquier febrero de cualquiera de los últimos sesenta y seis años en que estuvo en manos de los Torrente, tus Torrente, vos Torrente. Sería ideal que fueran Sofía y tus tres hijos – Vicu, Pipe y Miranda– tu mamá Graciela y la memoria de los que ya no están. Vamos a vivir desde adentro el espíritu que le late sin contramanos, el clima no meteorológico, el perfume de las flores de los jarrones y de las mujeres de la familia y dispersémonos como arena por allí, sobre la mesa o bajo la almohada y detengámonos en los mejores sueños de los sueños que soñaste ahí, o en los que soñó tu papá Migue que fueron quizá más humildes y más gloriosos, para esa casa, para su familia, para sus amigos, esos sueños que incluían a tu mamá preparando papillas de Nestúm y a solemnes misas en la galería con toda, o casi toda la feligresía de Miramar agradeciendo el pan salado de mar de cada verano. Dejame rodar desde el escudo familiar que adorna desde tiempo inmemorial esa pared y caer sobre los dados y los anchos de espada que se ajan durante largas noches que duran hasta que asoma el día, o hasta que el whisky se agota o hasta que el que duerme junto a la sala implora por unas horas de silencio. Vámonos a trabajar, a dormir poco, a mirar mucho, a escribir todo aquello que se llevó el arroyo El Durazno al mar y que ha vuelto, a veces, con los vaivenes de las mareas y de las tormentas. Vamos a meternos al mar con la tabla, sin traje aunque haga frío, a pasar la rompiente, a no sentir el fondo y aun así confiar y bajar olas grandes y olas pequeñas, y en el trayecto no dejes de hablar, o de pensar en voz alta, y de sentir por los poros mojados lo que la sangre te dicta desde adentro. Convenceme, como te convenció a vos Rem Koolhas de que todo buen arquitecto es como un buen surfista. Rara, como encendida, quiero volver de tanto Torrente dando vueltas por allí y de tanto amigo de y conocido del amigo de Torrente. O vamos a una obra, cualquiera que tengas entre manos, o entre ceja y ceja, la más difícil o la más alta, al remate vidriado del Hotel Salvador o a la reforma de la cocina de tu excompañero de colegio. Vamos, sin golondrinas en el motor, pero con algo para escribir y mucho para entender del fondo de esta vocación de arquitecto que te vino heredada de la zoología o de la época de las cavernas, esas cavernas con las que soñabas de chico para hacerlas tu hábitat, cual hombre primitivo con toda tu evolución por delante. Acerquémosle la arquitectura a la gente, como tanto deseás, sé que puedo ayudarte. Subamos por el acantilado que yace a los pies de tu amada Casa Delphina y démosle el color que necesita el atardecer para que ella luzca aún más noble y más serena, más, casi imposible pedirle más a esa hermosura; o rodeemos la colina de San Bernardo con el fin de arribar al centro de esa cuestión que no cierra y no conmueve por ahora. Dame la pastilla que actúa en contra del vértigo y a favor de los que lo sufrimos y subime a tu andamio, el más enclenque por favor, para ver desde donde vos ves, la ciudad y sus encastres. Sacate una foto con ese diploma, el del premio de la Bienal, que le queda bien un poco de premio a la vida diaria y luego, si hay que encerrarse en el estudio a rever ese proyecto por enésima vez, lo haremos, con los chicos del estudio, sin llamadas que interrumpan, sin comer, si hace falta, más que unas medialunas de ayer, pero hagámoslo porque hay que resolverlo cuanto antes, porque no hay nada que no pueda resolverse con perseverancia, inteligencia y creatividad. Otra opción: viajemos juntos por los lugares exóticos que amaste en presente y que amás en pasado, que quedan siempre en los perímetros continentales donde las olas golpean las líneas cartográficas de costas marítimas; nunca Londres, ni Atenas, nunca Córdoba, pero sí Aminga, porque está en la Costa Riojana, sin embargo, y porque desde allí al mar, en Ferrari presidencial, solo se tarda dos horas. Enarbolemos una bandera azul y oro en su nido de bombones, una tarde de domingo de otoño contra un rival difícil y sintamos como porteños el doble de lo que paga un turista por la misma experiencia. Usemos el ascensor que yo imaginé tipo jaula y que no me dio el gusto, del edificio de la calle Esmeralda donde viviste y que trasformó tu niñez inicial en otra definitiva y enorme y subamos y bajemos en él con tu bicicleta y tus hermanos y tus besos adolescentes y todas las brevísimas historias que quedaron ahí dentro para siempre. Quiero ser la música chill-out que suena en tu auto para presenciar la salida de las mejores ideas y de las peores emociones y al revés. Llamemos a tus amigos, el Oriental Luisito y el flaco Fer Lombardi y a ese otro, el que estudia las viejas chimeneas de Buenos Aires y a tu pequeña artista casera para que nos tire algunas ideas espontáneas. Llamemos al Banco Literario para que financie el tesoro de mostrar la dicha de tu vida y de la vida. Sin reservas. No te enfríes como un café cortado en jarrito abandonado en una mesa paqueta y frustres la oportunidad de contar la experiencia que resultó para vos diseñar de la mano del célebre arquitecto Clemente Graco tu proyecto de vida llamado Casa Delphina, en Centinela del Mar. Seamos Sabina y Prado rompiendo canciones en Praga, pero hagámoslo a nuestro modo, vos contándome y yo escribiendo, vos cerrando los ojos y yo abriéndolos, vos siendo hoy y ayer y yo organizando el futuro de este libro que empieza así.